



(Madrid, 18 Octubre, 1963)

Le llamé por teléfono el día anterior. Respondió al principio asustado, como salido de otro mundo, pues no sabía fijamente quién le llamaba, porque la muchacha no acertó con mi nombre. Me dijo que estaba esperándome, que tenía a mi disposición la quinta edición de Naturaleza, historia y Dios, al que ha añadido una introducción al problema de Dios de unas 20 páginas, y la separata sobre la persona humana de la Revista de Occidente, que le gustaba trabajar sistemáticamente y que, por tanto, haríamos un plan de visitas y de trabajo. Quedamos en que le volviera a llamar por teléfono a la tarde pues no estaba seguro de si iba a poder recibirme. (Es muy escrupuloso en la determinación de sus horas y planes, con un afán a la vez de exactitud y de indecisión por no saber si va a poder responder con seguridad de esa exactitud). Quedamos en que iría a su casa a las siete y media.

Estuve en ella con cinco minutos de retraso. Salíó la muchacha y me hizo esperar en el recibidor que es prácticamente un pasillo amplio al que dan varias puertas, aunque separado por otra de la puerta de la calle. (La vez anterior estuve en su gabinete de trabajo). Todo el recibidor está lleno de libros en largos y altos estantes que no sirven de adorno sino de ayuda en una casa que rebosa de libros. En un rincón hay un sillón corrido que sigue el ángulo recto de la pared. No me dió tiempo a observar mucho, porque enseguida se presentó él. Frente al sillón por uno de sus lados, hay una serie de cuadritos pequeños de Benjamín Palencia dedicados ~~tan~~ a su mujer y también a él.

Se presentó enseguida cordial y nervioso con las gafas negras en la mano. Con familiaridad y sencillez. A lo largo de la conversación me fijé en un detalle que no había observado en otras ocasiones: se le cierra el ojo derecho de vez en cuando, como si no tuviera absoluto o fácil dominio de su párpado. A mitad de la conversación fué a buscar cerillas para fumar. Fumó un solo cigarro y me volvió a decir que era estúpido el que fumase. Le había dicho yo que el fumar era una de las cosas que yo no entendía pero que creía; me dijo que no se podía entender porque era estúpido. que él no fumaba por el gusto del tabaco que le disgustaba hasta tal punto que se enjuagaba la boca después de fumar; ni por lo que tiene de excitante pues no fuma mientras trabaja sino sólo en las interrupciones de descanso cuando se pone a pasear por el pasillo y cuando bebe café, que es cuando más echa de menos el tabaco. Dejó durante siete años de fumar. Le costó sólo los cuatro o cinco primeros días, precisamente mientras tomaba café, pues se encontraba perdido entre sorbo y sorbo. Volvieron con las fatigas del Sobre la esencia. atribuye el fumar a cierto reflejo mecánico -a cierta mecánica decía él- y piensa dejarlo cuando termine de preparar la publicación de las conferencias del año pasado sobre la idea de la filosofía en diversos autores.

Considera que esta publicación no es un libro, pues en ella no presenta sus propias ideas sino las de Aristóteles, Kant, Comte, Bergson y Husserl donde mete a Heidegger. una selección arbitraria, dijo. Lo de la persona parece que todavía no lo tiene para inmediata publicación.

Le presenté los trabajos de índice y fichaje de su libro. Le impresionaron por lo que tenían de volumen y de trabajo. varias veces me repitió a lo largo de la conversación que le parecía mucho lo que había hecho. fue recorriendo las hojas y me preguntó si creía yo que era un libro que podía montarse. Le insistí en que honestamente pensaba que era un libro muy importante; él volvía al término "montarse". Ve su libro como algo ajeno, claro que hasta cierto punto; algo que tenía que echar y que por fin lo echó. Habla en pocas ocasiones sobre él y no porque él no tenga interés de hablar sobre esas cosas.

Vive, me dijo, aislado, metido en su trabajo. Ahora la Sociedad de estudios y publicaciones -Banco de Urquijo- le ha propuesto que dirija en su edificio un como trabajo conjunto de tipo seminario. No es partidario de eso, porque presume que los intereses de cada uno son personales así como su modo de trabajo, de modo que no hay que imponer otros. Lo que va a hacer es estar dos horas a la tarde dos días a la semana, donde sepa la gente que puede encontrarle en plan de estudio y consulta.

Me reiteró varias veces el que en el trabajo sobre su libro actuase con absoluta libertad crítica, dando por aceptado que muchos puntos son disputables, que puede haber y habrá puntos de vista mejores que los suyos y que aun pueden encontrarse fallos y errores. Está deseando repensar con esta ocasión los puntos capitales de su libro. Me insinuó en principio a ver si me interesaba el problema de Dios al preguntarle yo algo por las páginas añadidas al *Naturaleza, Historia, x Dios*. Le propuse entonces el plan de mi tesis: 1) Sustancia y sustantividad: la filosofía de Zubiri frente al aristotelismo y a la metafísica clásica; 2) Ser y realidad: su filosofía frente al neotomismo alemán; 3) Existencia y esencia: su filosofía frente al existencialismo, para concluir con lo que es el tema de la tesis Principialidad de la esencia: exposición del problema mediante el pensamiento de Zubiri. A él le encanta el tema, su división y su gradación. Le dije que en algunos puntos necesitaría ampliar lo que ha escrito en sus libros con lo que ha dicho en sus cursos, y me respondió que por supuesto pondría él a contribución de la tesis todo lo que ha pensado en sus cursos. Sobre el primer punto me preguntó si creía que efectiva ente su idea de la sustantividad es importante; no cree que con la permanencia virtual -precisamente por ser gradual: no es la misma la permanencia de los elementos en el ácido clorídrico que la permanencia de la azúcar tomada por un organismo vivo- se resuleva el problema. Hablamos algo de la evolución y ~~xxxx~~ de cómo la metafísica clásica no había visto una causalidad transformal: en la evolución del embrión humano propone más bien una sustitución de formas. Ni cree que la especie metafísica deba diferenciarse de la física y apela, para ello, al mismo aristóteles que entiende la homonimia como algo físico que se transmite por generación: hay que ir de las clases naturales a las especies y preguntarse cuál es su realidad.

Sobre el segundo punto en donde ve él más discutible su tesis de la distinción de ser y realidad y de la primariedad de ésta sobre aquella estuvo hablando largamente sobre la justificación de su tesis más o menos con los mismos argumentos que propone en su libro. Añadía que le parece tiene razón Heidegger cuando ensaya la distinción entre ser y realidad, aunque no está conforme con la interpretación que da al *Seiende*. Insistió en el argumento de que hay lenguas que no conocen el verbo ser; dijo que en el libro debiera haber expuesto con más detalle este punto, pero confesó que ya estaba cansado y se le estaba alargando demasiado para haber consultado sus libros de lingüística. En el ejemplo el 'hierro es' analiza agudamente lo que añade ese 'es' a la realidad de hierro y ve en él una como ratificación de la realidad paralela a lo que supone la verdad real. Analizó también el 'vino a luz' como correspondiente al 'engendo'. Después puso un ejemplo concreto: si en el pasillo aquel en el que estábamos aparece de pronto la muchacha de servicio el fenómeno puede analizarse de dos modos: diciendo que ha aparecido en mi campo de visión un nuevo elemento, que veo lo que antes no veía, y el que a mí se me presente como realidad algo que antes no se me presentaba; este segundo punto es el que me pone en el campo de lo trascental al plantarme en lo que las cosas tienen de realidad. Confiesa que por esta vía de la distinción entre ser y realidad puede llegarse a una *quaestio nominis*, pero sostiene que se trata de

dos cosas distintas y que esta distinción tiene su importancia. Vuelve a insistir sobre la existencia de las frases nominales, que no son frases elípticas sino originariamente nominales sin el verbo ser. (Todo esto está ampliamente desarrollado en el libro). Confiesa que no conoce el pensamiento de los neotomistas alemanes, pero no le parece mal que los afronte en esta segunda parte del trabajo, donde lo interesante no será atender a su dependencia de Marechal y Heidegger, tal como la confiesa explícitamente Co-reth, sino al problema real~~x~~ tal como esté logrado por ellos.

En el tercer punto le ví más interesado de lo que me pareció la otra vez que hablé con él. Le aludí a sus referencias al existencialismo que entiende la vida humana como puro suceso. Se alargó un poco hablando que lo esencial de la vida no es su ser histórico ~~sino~~ y sucesivo, aunque esto sea esencial a la vida humana sino el carácter de autoposición, que en definitiva supone una realidad esencial. Habla del problema del yo aplicándolo también al yo de Jesucristo, problema que afrontó en sus cursos sobre la persona. Insinuó que en estas afirmaciones del yo propiamente lo que hay no es la inmediata presencia de nuestro yo ontológico sino la ratificación de su conciencia. (De todos modos el desarrollo de este punto me permitirá en la tesis un suficiente enfrentamiento con el existencialismo.

Otra buena parte de la charla que duró cosa de dos horas la ocupamos en hablar de las críticas que se han hecho de su libro. Desconoce algunas importantes porque aunque le interesan y las lee no ha tenido el afán de reunir las más que las que le han llegado por azar o como respuesta a los libros enviados para recensión. Quedamos en que había que hacer un intento de reunir las y catalogarlas y le gustó mucho el que me enfrentara en un artículo con todas ellas. El desde luego no tiene la menor intención de hacerlo personalmente. Le hace gracia la posición de los tomistas -de los dominicos españoles- que implantan una especie de terror intelectual siempre que uno se desvía de Santo Tomás; parece gustarle más Suárez y desde luego confiesa que su libro está más próximo al suarismo que al tomismo. Contra las objeciones que Artola le hace en Estudios filosóficos, reconoce el buen tono general con que le trata, pero no le parece bien que se haga del tomismo de los últimos cuarenta años el único tomismo posible, siquiera por la razón de que no ha sido históricamente el tomismo que ha influido en la historia del pensamiento. No le gusta esa tendencia de los tomistas de ver en Santo Tomás todo lo que de nuevo y bueno van diciendo los filósofos, apoyándose en ciertas frases que se pueden encontrar en él. Se admira a su vez de que Artola se admire de presentar a Egidio Romano como un característico e importante tomista. Ni aun en teología le gusta esa tendencia monista de los tomistas que han ido excluyendo la teología griega en nombre de la latina, a San Agustín en pro de Santo Tomás... Hay que respetar la variedad intelectual y en el caso de la teología toda la tradición. Al contrario ve en la crítica de Hellín una extraordinaria generosidad intelectual al salir en su defensa respecto a posibles o reales ataques: sobre que cierra la puerta a Dios, cuando explícitamente él dice todo lo contrario, etc. Defensa que es más de agradecer cuando al final del artículo confiesa que no va a cambiar su antigua filosofía por esta de Zubiri. Del que le tilda de materialista por hablar tanto de realidades 'físicas' cree que no hace falta ni hablar.

Hablamos también algo de teología, al decirle yo ~~de~~ que ~~en~~ la nueva facultad de teología en Madrid no sé si encontraría hombres de altura al revés de la de filosofía. Cree que hay sequía de teólogos y para probarlo alude a la enorme diferencia de altura teológica entre Trento y el actual concilio. Se lamenta de que se lance tan pronto contra los teólogos el sambenito de herejes. Recuerda el caso de Batiffol, al que leía cuando tenía 15 años por hablar de régimen plural en la iglesia primitiva colegialidad actual.



También los trabajos sobre el Sagrado Corazón por su profunda y sólida devoción. Entonces hablamos algo del sentido existencial de la teología de Rahner).

Su deseo de que el concilio definiese valientemente estaba en parte en función del Santo Oficio. Éste no para de dar palos, pero cuando se pregunta qué decir, sobre temas candentes, entonces se queda en formalismos muy indeterminados. Además el cristianismo tiene que ser histórico; no ~~porxparixxxxaxxxx~~ a pesar de partir de una revelación, sino precisamente por partir de ella. (No le satisface la explicación de Rahner de la evolución dogmática; tampoco la división que hace de la teología en el esquema del primer tomo). Hay muchas cosas que son 'per accidens', pero es esencial que cada cosa tenga su 'per accidens'. Además hay que tener en cuenta que lo definido no implica que la definición sea la formulación más adecuada de esa verdad definida, ni niega que esa definición pueda ser mejorada en otra definición. El 'quod semper, quod ubique, quod ab omnibus' de S. Vicente de Lerins además de ser un chupinazo contra S. Agustín por hacer fe cristiana del murmullo callejero, es algo que no debe entenderse en todo su rigor, si es que se quiere contar con una verdadera evolución del dogma, y con un paso de lo implícito a lo explícito. De esto discutí con el Obispo español, de quien no quiso decir el nombre, mostrándole cómo en todos los sacramentos ha habido a lo largo de la historia una evolución de su materia y de su forma. El obispo le dijo que estaba definido que el pan de la consagración tenía que ser de trigo y que el vino tenía que ser de vid; se lo negó Zubiri y al insistir el Obispo consultaron un tratado de Sacramentis, con el subsiguiente bochorno del Obispo. Comentaba entonces que nuestra representación española en el Concilio no iba a estar demasiado bien preparada. Por otra parte le parecía exagerado el desrecio que se tiene respecto a nuestros teólogos, que en conjunto defienden una teología sólida. En Alemania está Rahner, pero fuera de él quién; en Francia de Lubac, pero fuera de él quién... No le gusta Urs von Balthasar, a quien le considera como a Guardini -más a éste- como poco serio y demasiado vulgarizador.

Le interesa del concilio más su aspecto doctrinal que el disciplinar. Quisiera leer los esquemas y espera poderlo hacer por medio de un obispo francés. Este es el único que le ha consultado algo sobre el concilio. Cuando le pregunté si algún obispo le había consultado, dijo que era natural que no, por su situación un poco anfibia.

Cree que sería de enorme importancia una facultad de teología en Madrid junto a la Universidad central, y su presencia le alegraría muchísimo. El personalmente se presenta muy afecto a los jesuitas de Alcalá, entre los que nombra a Hellín, Díez-Alegría, del que alaba su trabajo sobre la tolerancia, Cafarena y Riaza. A propósito de esto hablamos de la conveniencia o no del latín en la enseñanza de la teología. Cree en la necesidad del latín sin negar la necesidad de cursos castellanos: toda disciplina tiene su técnica y no hay más remedio que pasar por ella, si se la quiere dominar. Habla de la dificultad, verdadera imposibilidad, de traducir términos técnicos como 'simpliciter' y 'secundum quid', y confiesa cómo le fué mucho más difícil la traducción que hizo de la primera disputación de Suárez, que los trozos que tradujo de la Fenomenología de Hegel. Por lo mismo considera inútil la traducción de las Disputaciones que se está llevando a cabo: la razón -ya dicha el año pasado- es que quien las entienda en castellano ha de tener una mentalidad que implica en definitiva una formación latina. Al decirle yo que la enseñanza en latín tiene un efecto retardatario sobre el pensamiento original y obliga, sin quererlo, a una formulización que estanca y formaliza el pensamiento vivo y creador, lo concedió de grado, y por eso recalca la necesidad de esos ex-cursus en lengua viva.

Habría que hacer una teología -y consiguientemente unas definiciones conciliares- que no tuvieran por motivo inmediato la discusión con los errores sino la problemática de la cosa misma. A lo largo de toda la conversación recalca esta orientación hacia un trabajo llevado por la exigencia de la realidad y del curso del pensamiento. Constantemente recurría a la palabra sachlich. Por esto mismo hablando de la exégesis le da toda la razón a Lagrange, que habrá visto desde el cielo cómo triunfaron sus ideas, no reconocidas durante su vida: Lagrange decía que ya era hora de que la exégesis católica dejase de responder a dificultades de los otros, para adentrarse ella misma en la investigación.

De Theillard estaba preocupado por la última prohibición del Santo Oficio; de Theillard lo que más le gusta es Le Millieu divin. Lo del punto omega, etc., a pesar que cree no se ha de sostener en su materialidad, le parece demasiado difuso. Habla de la injusticia de tomar en las críticas las palabras en su suposición formal. Qué sería de la ortodoxia de San Cirilo si tomásemos sus palabras en su significación formal?